

Qué pasa en POLONIA

El lector de las informaciones que proporcionan a los diarios de México las agencias noticiosas de los principales países del llamado mundo libre, corre el riesgo de sufrir mareos si para enterarse de lo que ocurre en Polonia y en Hungría se ve obligado a leer esas informaciones.

"Los satélites de Rusia levantan la cabeza"... "Cunde la rebelión contra los soviéticos"... "Divisiones blindadas del ejército ruso cercan la ciudad de Varsovia"... "Aparece en las costas polacas del Báltico la escuadra bolchevique"... "El pueblo celebra jubilosamente su liberación de la garra soviética"... "Otros países satélites seguirán a Polonia"... "En Hungría ha estallado también la rebelión"... "Centenares de muertos por los cañones rusos"... "La política de Tito triunfa contra Rusia" y otros letreros tan espeluznantes como esos que llenan los periódicos y basándose en ellos, surgen los editoriales, los comentarios de los "expertos" en problemas comunistas, los "sociólogos" al servicio de la F.B.I. que vaticinan el caos en el mundo socialista y el "fortalecimiento de la civilización occidental y cristiana" frente a la "amenaza roja".

¿Qué ha pasado en Polonia y en Hungría? Lo que ocurre en esos países es lo que acontece en otras Democracias Populares y en la Unión Soviética: un ajuste de carácter político para corregir errores y para proseguir con más éxito aún la construcción del régimen socialista.

Para juzgar válidamente un sistema social es indispensable recordar su origen y las diversas etapas de su desarrollo, las dificultades con las que tropezó en un principio, las que halló en el curso de su evolución y el progreso conseguido en comparación con el régimen social al que ha reemplazado. Considerar sólo uno de los episodios de un largo proceso histórico y en lugar de analizarlo objetivamente, dentro del marco de la vida de un país determinado en un momento determinado también, y del escenario de la vida internacional, apreciarlo de manera subjetiva anteponiendo el deseo a la realidad que se halla fuera del prejuicio, equivale a elevar la mentira a la categoría de verdad, engañarse a sí mismo y fracasar a la postre en el propósito de engañar a los demás.

El régimen feudal necesitó más de dos siglos para demostrar su superioridad sobre el sistema esclavista de la econo-

mía y consolidarse como medio dominante de la producción, dando paso a nuevas concepciones de la vida social y de la cultura. ¿Cuántos episodios de ajuste en la lucha contra el régimen de la esclavitud y contra las formas de pensamiento libraron nuestros antepasados en el curso de esa larguísima etapa? Porque el sistema esclavista no desapareció lánguidamente, sino en medio de luchas pacíficas y armadas, de sacrificios inmensos y de batallas ideológicas llenas de pasión. Es indudable que ante los errores cometidos por los constructores del feudalismo, los partidarios de la esclavitud deben haberse regocijado, pensando en que el regreso al sistema social que los llenaba de privilegios estaba asegurado. Sin embargo, el régimen esclavista se hundió para siempre y prevaleció el feudalismo como sistema progresista comparado con el que moría.

El régimen capitalista necesitó cerca de siglo y medio y para demostrar su superioridad sobre el sistema feudal, alcanzar el alto nivel de la gran industria y convertirse en sistema mundial. Tampoco el feudalismo se extinguió plácidamente ni el capitalismo se consolidó sin errores, sin retrocesos momentáneos seguidos de nuevos avances y sin frecuentes ajustes. Es útil recordar que después de la Revolución democrática burguesa de 1789 en Francia, a pesar de su profunda repercusión en todo el mundo, fue preciso que Napoleón Bonaparte rompiera con sus ejércitos los bastiones del feudalismo que en Europa se aferraban aún a la vida. Es útil recordar también que en México la lucha contra el feudalismo esclavista se inició abiertamente con la Revolución de Independencia de 1810 y que si hoy podemos declarar que la estructura económica de ese régimen ha desaparecido, todavía prevalecen algunas de sus formas políticas como los cacicazgos regionales.

El sistema socialista tiene apenas 30 años de existir en un solo país: la Unión Soviética, rodeada hasta antes de la Segunda guerra Mundial de países capitalistas, feudales y semi-feudales, hostiles al nuevo régimen. Y aunque en ese brevísimo lapso ha demostrado ya su enorme superioridad sobre el sistema capitalista, ha tenido que librar batallas de todo orden para consolidarse y crecer, desde la guerra civil provocada por las potencias imperialistas apenas nacido el Poder de la clase obrera, hasta la inva-

sión del territorio soviético por los ejércitos de la Alemania nazi, pasando por el sabotaje de sus enemigos internos y por errores de dirección y de gobierno.

Las Democracias Populares de Europa y de Asia —Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Yugoslavia, Alemania Oriental, Albania, China, Mongolia, Corea, Viet-Nam— no han llegado todavía al socialismo. No han desaparecido del todo las fuerzas económicas y políticas del pasado que no coinciden con las fuerzas nuevas empeñadas en construir el sistema socialista. Su historia tiene apenas diez años. Ayer no más comenzaron la construcción del nuevo régimen y han sido objeto constante de trabajo de zapa y de la más violenta propaganda que registra la historia, de parte de los países imperialistas que ven con asombro y con miedo levantarse ante ellos un mundo nuevo, y dedican sumas enormes de dinero para realizar actos de sabotaje, de división y de terrorismo.

En estos años de la post-guerra, a cada ajuste de trabajo económico, político o cultural en las Democracias Populares, no descubierto por el espionaje, sino proclamado por el propio régimen del pueblo, que practica la crítica y la auto-crítica de manera valiente y audaz, los imperialistas y los reaccionarios del mundo capitalista saltan de alegría, aturden con su propaganda escrita y hablada y esperan que los incidentes inevitables y a veces necesarios en el desarrollo de esos países, los conduzcan de nuevo al sistema social que padecieron hasta antes de la última guerra mundial.

En el fondo de esa propaganda truculenta no hay sino el propósito de lograr que las Democracias Populares vuelvan al capitalismo y al feudalismo, para rodear a la URSS, otra vez, de países enemigos y para impedir la liquidación histórica del régimen capitalista. Pero ese propósito está condenado al fracaso.

Así como el feudalismo, a pesar de sus tropiezos circunstanciales se levantó y triunfó sobre el régimen esclavista, porque del seno de éste surgieron las fuerzas sociales que lo aniquilaron y el capitalismo nació del feudalismo y lo venció por causas parecidas, por cumplimiento de las leyes naturales que rigen la evolución de la humanidad, así el socialismo se produjo por la crisis profunda e insalvable del sistema capitalista en los países del centro y sureste de Europa y Asia, con motivo de la Segun-